

7. **La corrupción de la naturaleza existe ya en el niño.**—Hay, sin embargo, un medio de conocer la verdad acerca de estos seres excepcionales; nada tienen, según dicen, que reprochar á la naturaleza; pero sus madres ¿podrían decir lo mismo? Apelamos á ellas; con sus temores, sus lágrimas y sus decepciones, la madre es sin duda el mejor juez en nuestra cuestión; mejor que nadie saben ellas que no han omitido ningún sacrificio ni descuidado ningún trabajo para preservar á sus hijos de la corrupción; saben cuantas noches de insomnio han pasado á fin de que ningún soplo, ninguna mirada á un objeto malo penetrasen el corazón de los hijos de quienes Dios las ha hecho sacerdotisas. Saben los trabajos que han tenido, pues de otro modo no llevarían su nombre con honor, para que la buena semilla fuese depositada en aquella tierra, y alumbrada por los rayos de ejemplos excelentes. ¿Cómo las malas hierbas llegan á invadir ese suelo tan cuidadosamente cultivado? No saben aquellas criaturas distinguir aún la mano derecha de la izquierda; pero, como las personas mayores, conocen la cólera y la terquedad, la envidia y el goce en hacer daño, el disimulo, la arrogancia y la venganza. La madre acaricia á su hijo y le llama su *ángel querido*; perdonamos á su amor esa palabra, que no dice en serio, porque nadie mejor que ella sabe que aquel niño no es un ángel. Ved como ese niño sonríe cuando halagáis su vanidad, cómo muestra su desagrado cuando no le prestan bastante atención, cómo aparece encantador así que se habla de él! Con sus enfados y sus gritos, aquel angelito sabe perfectamente arrancar á su débil madre todo cuanto desea. Desde muy pequeño comprende perfectamente si se le prodigan cariños ó no; haced la experiencia, y veréis cómo calla tan pronto como no prestan atención á sus melindres. ¿Dónde aprendió ese niño tan jovencito esas cosas malas? Á la verdad, si no proceden de la naturaleza, no se encuentra explicación posible.

«El niño aprende fácilmente el mal; no necesita maestro, se basta así mismo. El bien penetra difícilmente en él

y no se le adhiere á pesar de serias y frecuentes amenazas del maestro». <sup>(1)</sup>

Así habla el antiguo poeta gentil, y un poeta cristiano dice: «No te hace falta ir á buscar el pecado, porque él sabe bien encontrarte». <sup>(2)</sup>

El corazón y los sentidos del hombre se inclinan al mal desde su juventud, dice la Verdad divina, <sup>(3)</sup> y lo mismo enseña la experiencia.

8. **El hombre es para sí mismo un enigma.**—Si el hombre atentamente se examina, debe considerarse como un ser que nunca pisa en firme, que carece de estabilidad en un terreno movedizo. La inacción le corrompe, los esfuerzos le extenuan; la abundancia despierta en él la excitación pasional, la escasez le vuelve cobarde y paralítico, la contradicción le descorazona, el éxito le deslumbra, el dolor le postra; el peligro espía desde todas partes á esa pobre criatura tan fácil de embriagar, tan negligente en la acción, tan débil para resistir.

Desgraciadamente no puede negarse; el peligro no viene solamente de un poder externo, sino que, como para colmo de amargura, reside en el propio interior del hombre. Casi nunca tenemos razón para acusar de nuestros pecados más que á nosotros; nos quejamos de los hombres, y sólo debiéramos quejarnos de nosotros mismos; nos irritamos contra el mundo, y nosotros somos los únicos que merecemos nuestra cólera; llamamos enemigos nuestros la ocasión, la tentación, al prójimo, sin reflexionar que sólo tenemos un enemigo, nosotros mismos. Cada cual es su propio enemigo, y por eso cuanto somos y cuanto tenemos es nuestro enemigo jurado. Enemigos para nosotros son nuestros ojos desordenados, enemigos nuestros sentidos enervados, enemiga nuestra lengua desenfrenada, nuestra voluntad entorpecida, enemigo nuestro corazón indócil, nuestro espíritu soberbio.

(1) Sophocles, *Fragm.*, 826, Ahrens (779 Dindorf).

(2) Calderon, *L'enchantement du péché*.

(3) Gen., VIII, 21.

Pero todos estos enemigos no lo son sino porque nuestra naturaleza es nuestro mayor enemigo; de ella provienen todo peligro y toda caída. Despreciamos el oro, pero nuestro corazón no puede permanecer indiferente cuando afluye á nosotros ó se aleja; nos esforzamos en guardar la calma cuando se nos ha ofendido, y, no obstante, nuestro orgullo nos impide recibir la injuria con serenidad ni evitar á lo menos que se revelen al exterior las emociones de nuestro corazón; nos quejamos de que consideraciones humanas nos hayan hecho descuidar el bien ó guardar silencio en presencia del mal, y, sin embargo, no podemos hoy mejor que ayer sacudir el vergonzoso yugo del respeto humano. Lo que desde hace largo tiempo condenamos, lo defendemos ahora; la resolución que hemos tomado hoy de corregirnos prepara ya el arrepentimiento de mañana; jamás permanecemos una hora en el mismo punto, y cada día tenemos diferente rostro. Y lo que hay más triste es que en el fondo tenemos conciencia de que esto no es conforme á nuestra naturaleza; siento que debo aspirar á un ideal que perdí; sólo no he perdido el presentimiento que me hace mucho más sensible su pérdida; sólo me ha quedado el pensamiento de que estoy obligado á buscarle; sólo he conservado la convicción de que no puedo encontrar la felicidad más que alcanzándole. Mi alma tiene sed de verdad; por llegar á la pureza se agota cada vena de mi ser, y cuanto más aspiro á la verdad, cuanto más lucho para llegar á la pureza, tanto más alejado me encuentro de ese fin en el cual solamente reconozco mi felicidad. Noto en mí como un inexplicable malestar; ¡pero no! para hablar con más exactitud, noto en mí algo que me hace gemir, y que, sin embargo, acaricio. Como el pulpo con sus brazos poderosos arrastra al buzo hacia el fondo del mar, no obstante sus esfuerzos desesperados para subir á la superficie, así un poder invencible constriñe mi corazón; poder cuya acción me precipita al fondo del abismo, sin que yo por eso experimente lo que se llama un verdadero dolor. En cierto modo me precipitan, y en cierto modo caigo por mi

propia voluntad. Es un enigma del cual no comprendo nada.

Sí, ¡es un enigma! Cuántas veces sorprendo estas palabras en mis labios: ¡Oh! yo no puedo hacer esto, toda mi naturaleza se rebela contra ello. Y ¿qué es eso hacia lo que siento semejante desvío? Es el deber claramente conocido. Mi inteligencia me dice que mi honor y mi conciencia exigen que haga un esfuerzo sobre mí; yo comprendo que seguir mi inclinación hacia el bien constituiría mi felicidad y, sin embargo, experimento fuerte resistencia. Muchas veces me he dicho á mí mismo: Si prosigo en la senda que he seguido hasta ahora, esto acabará mal. Bien veo que me es necesario evitar esta ocasión, este peligro; comprendo que aquí necesito volver atrás, que allí debo callar, que debo reparar lo que hice; lo quiero, he tomado una firme resolución; lo he prometido, lo he jurado, y, sin embargo, no lo hago. ¿Por qué? El mal, que quiero evitar, es contra mi naturaleza, y ésta precisamente me hace incurrir en él. Según me había prometido tantas veces, he querido dominar mi lengua, moderar mis ímpetus, y, sin embargo, no hubo cambio alguno. Por fin he perdido el valor y he dicho: ¿Qué hacer? Tal es mi naturaleza, aunque sepa muy bien que obro contra ella cuando mi lengua, mi bilis, mi sangre no conocen más régimen que el jabalí ó la serpiente.

Siempre esta desgraciada naturaleza como pretexto, y, sin embargo, siempre la condenación de esta misma naturaleza! Pues entonces, la naturaleza evidentemente no es lo que debiera ser; luego ha sido herida; luego se ha hecho muy diferente de lo que fué en otro tiempo, si alguna vez fué como debía ser.

**9. La misma idea de la naturaleza envuelve una contradicción, porque lleva la corrupción en sí.—**Y aquel estado es innato en mí y crece conmigo. Por una parte mi inteligencia me dice que no puede ser natural mi estado; por otra mi conciencia me grita que si he llegado á ser un enigma tal para mí mismo, es porque hubo una falta mía. La única disculpa que me atrevo á presentar,

es mi naturaleza; sin duda le debo á ella el ser como soy; pero á ella es también á quien debo el avergonzarme tan á menudo de haber sido un hombre, y de sentir que sube el rubor á mi frente cuando alguien descubre en qué hice ver que yo era un hombre. Sí, tengo muchos reproches que hacer á mi naturaleza.

Pero ¿quién tiene la culpa? Nadie más que ella. Siempre la falta y las acusaciones recaen en ella; cualquiera que tiene una debilidad se sirve de su nombre como excusa. La palabra naturaleza sirve para explicar todo lo que el hombre concibe en sí de contradictorio; la palabra naturaleza, tal como la encontramos en nosotros, tiene algo de híbrido.

¿Cuándo la parte mejor de mi ser y mi verdadera naturaleza me acusan de haber obrado contra mi naturaleza? Es una contradicción patente, y, sin embargo, es la triste verdad; jamás sus reproches son más amargos que cuando he cedido más á mi naturaleza. Sin duda, tenemos menos reproches que hacerle, que los cobardes y los perezosos; pero tenemos, sin embargo, serias censuras que dirigirle. Nuestra naturaleza no corresponde al tipo primitivo que nuestro espíritu se forma de ella; está corrompida, lleva en sí el mal.

Para darnos cuenta de esto, es inútil apelar á la Revelación divina; una ojeada al hombre y la experiencia propia lo enseñan á cada uno. Los antiguos mismos dieron testimonio de esta verdad: «Sería una locura y una suposición imposible, dice Tucídides, pretender el hombre que la naturaleza humana se dirige voluntariamente al cumplimiento del bien. <sup>(1)</sup> ¿Quieres, dice Epicteto, llegar á ser bueno? «Lo primero que tienes que hacer es considerarte como malo». <sup>(2)</sup> «Pero este mal, declara Séneca, hay que imputarle menos al individuo que al género humano entero». <sup>(3)</sup> «Nadie es bueno ó prudente por naturaleza». <sup>(4)</sup>

(1) Tucíd., 3, 45, 7.

(2) Epictet., *Fragm.*, 3.

(3) Séneca, *Ira*, 2, 9; 3, 36.

(4) *Ibid.*, 2, 10.

«Las disposiciones del hombre <sup>(1)</sup> y su situación <sup>(2)</sup> hacen que esté siempre en peligro de pecar». No es dudoso, dice Chrysippo, que «el mal existe en cierto modo por la naturaleza». <sup>(3)</sup> Como afirma Eurípides en pocas palabras, «el pecado es innato en todos los hombres». <sup>(4)</sup>

El Cristianismo nada tiene que añadir á esto, sino la doctrina de que no fué un orden establecido por Dios desde el principio, sino simplemente una consecuencia de la falta del hombre, el que la naturaleza haya caído en un estado donde se encuentra en algún modo fuera de la naturaleza. <sup>(5)</sup>

**10. Bifurcación del Humanismo y de la Humanidad.**—Estamos en presencia de una bifurcación. Los que se separan aquí no volverán á encontrarse jamás enteramente, aunque se servirán á menudo de las mismas expresiones.

También el Humanismo emplea frecuentemente las palabras *humanidad* y *naturaleza*, pero no con sinceridad; sólo quiere hablar de sí mismo.

Si, como él, decimos que se debe vivir según la naturaleza, nuestro pensamiento es que se debe purificar la naturaleza corrompida y mejorar la naturaleza purificada antes que llegue á ser la verdadera naturaleza del hombre. No es naturaleza todo lo que se hace pasar por tal. Una corrupción penetró nuestra naturaleza sensible, como nuestra naturaleza espiritual, y esta corrupción nos conduce al mal si no le resistimos.

Sólo aprendiendo desde luego á resistir con toda la fuerza de que somos capaces á aquello hacia que nos atrae la naturaleza decaída, podremos ver manifestarse nuestra verdadera naturaleza y llegaremos á ser verdaderos hombres. Pero si no usamos de violencia con la naturaleza, tal como ahora la tenemos, no hay que pensar ya en seleccio-

(1) Séneca, *Ira*, 2, 10; 3, 27.

(2) *Ibid.*, 3, 26.

(3) Plutarco, *Commun. notit.*, 13, 2.—Aul. Gell., 6, 2.

(4) Euripid., *Fragm.*, 287, (Wagner).

(5) Greg. Mag., *Moral.*, 8, 22

nar sus elementos más nobles y marchar á la victoria, como no se podría hacer oro puro sin despojarle de las impurezas que le acompañan.

Así, pues, por rebelde que sea el mundo á las palabras de cambio, de mejora, de renunciación personal, no vacilaremos, sin embargo, en decir que en ellas sólo se encuentra la esperanza de salvar nuestra naturaleza, y la base para restaurar la verdadera humanidad.

## CONFERENCIA II

### EL PARAÍSO PERDIDO

1. **Optimismo y pesimismo.**—Es raro que alguien sepa hablar ó callarse á propósito; de tal manera en el mundo son las cosas diferentes de lo que debieran ser. ¿Se habla por modestia de las propias faltas en presencia de espíritus mezquinos, ó bien se confiesa la existencia de un punto flaco en la tesis que se defiende contra ellos? Pues al punto creen que es mucho más lo que calláis. ¿Se guarda silencio acerca de una palabra que no merece contestación, ó de un argumento al que las personas instruídas y que saben guardar los respetos debidos nada deben replicar? Es para ellos una prueba de que son irrefutables.

Esto hace frecuentemente difícil la situación del apolo-gista; unas veces, á causa de los que dudan, se ve obligado á decir muchas palabras inútiles, cuando podría tratar la cuestión muy brevemente, si tuviese que disipar únicamente las dudas que merecen ser tomadas en consideración; otras veces debe pasar en silencio los ataques más groseros y más ofensivos, no atreviéndose á deplorarlos siquiera ante lectores instruídos y delicados. Así está siempre en la incertidumbre de si vale más hablar ó callarse, pues para hablar acertadamente, es necesario tener oyentes que puedan entender, y el que quiere callar con provecho debe antes ver si aquellos con quienes trata saben también apreciar el silencio. Pero ¿cuándo podrá contar con estas condiciones preliminares?